

CRISTÓBAL COLÓN Y EL DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA

CRISTOBAL COLÓN

Y EL

DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA.

SERMÓN

PREDICADO EL 16 DE OCTUBRE DE 1892

EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL BASÍLICA DE OVIEDO

POR EL CANÓNIGO MAGISTRAL

D. MANUEL MISOL MARTÍN

EN LA SOLEMNE FIESTA PONTIFICAL

CELEBRADA

PARA CONMEMORAR EL 4.º CENTENARIO

DEL

descubrimiento de América.

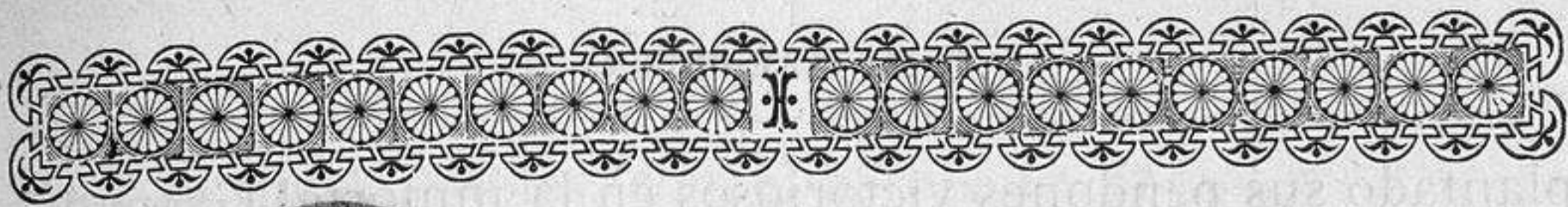
CON LICENCIA ECLESIASTICA

OVIEDO

LA CRUZ: IMP. Á CARGO DE ANTONIO GARCÍA SUÁREZ,

CALLE DE SAN VICENTE, NÚM. 10

—
1892



Ecce isti de longè venient, et ecce illi ab Aquilone et mari, et isti de terra australi.

ISAIAE, cap. XLIX, v. 12.

He aquí que unos vendrán de lejos, y otros del Aquilón y del Mar, y aquellos de la tierra del Mediodía.

PROFECÍA DE ISAIAS, cap. 49, v. 12.

Excmo: Sr.:



DIOS hizo sanables las naciones por la fé: á medida que este astro divino ha brillado en ellas, su engrandecimiento y poderío han llegado al zénit más glorioso; y, por el contrario, señal segura de profunda decadencia ha sido siempre la extincion ó eclipse de la antorcha de la fé cristiana. En los tiempos que precedieron á Cristo hubo un pueblo, á cuya fé estuvieron vinculadas las promesas más dichosas, las más lisonjeras profecías y las esperanzas más consoladoras: un Israel creyente que en premio de su fé pudo llegar á descansar en la regalada tierra de santa promisión, y entonar el *Benedictus* de haber sido cumplidos sus deseos y esperanzas. En los tiempos á Cristo posteriores ha habido otro pueblo, á cuya fé la Providencia confiara la épica misión de pelear ocho centurias de años en defensa de ella contra los hijos del desierto; pueblo de una vida tan preponderante que él sólo llenó el secreto de la Historia en la época de mayor brillo de su fé cristiana. Este pueblo es nuestra España, el Israel de la Edad Media, con sus monjes y sus místicos, con sus sacerdotes y sus sabios, con sus artistas y sus Reyes, con sus caballeros y sus damas cristianos; pueblo, que igualmente pudo entonar el *Benedictus* de sus triunfos y sus glorias, no tanto por haber

plantado sus pendones victoriosos en la inmortal Granada, cuanto por haber logrado descansar y dominar en una tierra regalada y deliciosa, en un mundo desconocido y franqueable solamente para el dogma, para la ciencia y para la piedad católicas de España.

De la intuición piadosa de un humilde fraile franciscano, de la piedad magnánima de la más grande Reina de Castilla, del luminoso pensamiento de los sabios de la sabia Salamanca, y del entusiasmo religioso, con que en el solitario retiro de Valcuevo, en las márgenes del Tormes, los hijos de Domingo de Guzmán acariciaron la sublime idea de Colón, nació el glorioso movimiento de una vida nueva, vida providencial é iluminada por los resplandores de la fé y del genio al propio tiempo, vida para la cual eran estrechos los horizontes del antiguo mundo, y que necesitó espaciarse, difundirse en regiones ignoradas, en un mundo descubierta en premio de su fé para la ciencia, para la conquista y para la civilización; y sobre todo para que allí donde la naturaleza publicaba con sus bellezas y sublimidades el poder omnipotente del Infinito Creador, allí mismo sus hijos sumidos hasta entonces en tinieblas, entonarían con los pueblos de Occidente el Credo de la fé católica, que salva y civiliza.

¡Acontecimiento portentoso el descubrimiento de la América, llevado á cabo por un hombre tan grande como humilde! ¡Suceso sin ponderación grandioso el de aquella navegación, cuya más insignificante singladura eclipsa el lustre mitológico de los argonautas y de todas las antiguas marítimas expediciones! Pero... más grande, más sublime, y de importancia más trascendental el hecho de que la luz del Evangelio brille en latitudes y regiones tan apartadas como incultas, el hecho de que la Cruz de Jesucristo seaalzada en desconocidas playas trasatlánticas, y ante ella doblen su rodilla el salvaje y el caribe conquistados por la fé y el genio del Heraldo de la Cruz para la civilización, y mediante la comunicación de bienes sobrenaturales, para las esperanzas de la vida eterna.

Cuatro siglos vienen publicando las grandezas y las maravillas de este acontecimiento: con brillantes páginas la historia, la epopeya con rasgos vigorosos y grandilocuentes, la poesía con acentos sublimes é inspirados, el genio de la conquista y de la guerra con palmas y coronas de gloria inmarcesible, la ciencia con nuevas claridades y horizontes luminosos, y la Religión también, señores, la Religión con las armonías celestiales de su culto, con los sagrados cán-

ticos de sus Apóstoles, con el heroísmo de sus Mártires, y con la aureola refulgente de sus Santos americanos. En el trascurso de este tiempo, todos estos testimonios han recorrido el viejo y el nuevo mundo, y hoy, ante la voz de España, el uno y el otro continente se conmueven y, recogiendo sus glorias pasadas y dispersas, se disponen á celebrar el 4.º Centenario del descubrimiento de la América, y la fé y el genio del hombre extraordinario, suscitado por la Providencia para realizar una misión providencial entre los hombres. La Iglesia, nuestra madre, toma parte principal en este universal concierto de entusiasmos y de fiestas: que á su calor todas las empresas se han engrandecido, y su seno maternal ha fecundado siempre heroísmos y sublimidades; y aquí está la Iglesia católica de España respondiendo al llamamiento de su Pontífice Supremo León XIII; aquí está bajo la dirección de sus Obispos, rodeada de sus Ministros, de sus sabios, de sus guerreros y de todas las representaciones más brillantes de sus hijos; aquí estamos sin que nos espanten los fulgores de la civilización contemporánea, dispuestos á rendir unánime tributo de acción de gracias al Todopoderoso, que para su gloria quiso que Colón descubriera el Nuevo Mundo, y á solemnizar cristianamente la fecha de su cuarto Centenario.

Dispensad vuestra indulgencia acostumbrada á mi pobre palabra encargada por superior invitación de interpretar esta solemnidad extraordinaria, y ayudadme á implorar los auxilios celestiales para exponer á vuestra ilustrada consideración el tema que formulo en esta frase: «*Cristóbal Colón y el Descubrimiento de la América ante la fé Católica.*» Pongamos por intercesora á la Santísima Virgen, saludándola con el Arcángel:

AVE-MARIA.

I.

Mientras más grande sea el héroe, más brillantes y gloriosas son sus obras y sus hazañas, porque á mayor grandeza de alma corresponden más sublime inspiración y más elevadas concepciones, sin las cuales no existe ni se concibe el heroísmo: así el héroe de nuestro Centenario, sobresa-

liendo á las más grandes figuras de su siglo, sobrepujó con su descubrimiento á los hechos más maravillosos de la Historia. Sin negar al génio sus resplandecientes propiedades y atributos, y sin desconocer las luminosas influencias de la ciencia de la naturaleza en el Revelador del Nuevo Mundo, forzoso es convenir que su ciencia y su génio se inspiraron en la santa Religión de Jesucristo; que dió cima á su gloriosa empresa impulsado y sostenido por la fé católica, y que la propagación de esta misma fé por nuevas tierras y por nuevos mares fué el propósito constante de Colón y el carácter distintivo del descubrimiento de la América.

No de otro modo se comprende, y sólo podemos explicar por la influencia sobrehumana de la fé divina, el que un hombre por sí solo desafíe á la ciencia de su época, se atreva á entrar en lucha con la inmensidad infranqueable del Occéano y á surcar la formidable mar tenebrosa, venza las resistencias de lo invisible y de lo desconocido, y después de haber gastado una vida vigorosa en soportar repulsas y desdenes, en dominar zozobras é inquietudes, en vencer peligros y conjuraciones, aborde á tierra firme y conquiste un mundo para Jesucristo y para España.

La naturaleza del génio y el carácter religioso de Colón le ligan más al cielo que á la tierra: en su vida se mezcla lo misterioso y lo sublime, ostentando toda ella el sello de la misión augusta de un Profeta y de un Apóstol, de un Embajador providencial para los hijos de las selvas vírgenes de América y de un Heraldo de la Cruz, que sueña y suspira con la emancipación y reconquista de los Lugares Santos de Jerusalem y Palestina. En las circunstancias de su llegada á España, en las que le rodearon durante el tiempo que permaneciera en ella, en las llanuras solitarias de los mares, en las borrascas procelosas, en las playas, en los bosques, en todas partes, se hace tan sensible la acción particular de la Divina Providencia, que, contra las enseñanzas de la moderna filosofía de la historia aplicadas á este caso por Humboldt, y el criterio más ó menos fatalista de Washington Irving y Navarrete, hemos de proclamar, que Cristóbal Colón fué el Apóstol de la Cruz en ignorados continentes, y que su misión fué eminentemente cristiana y religiosa.

Una tarde del estío, llama á las puertas de un Convento pobre y retirado del bullicio de las ciudades populosas un viajero fatigado por las molestias del camino y por el calor meridional de Andalucía: su acento extranjero y la digni-

dad de su presencia contrastan misteriosamente con sus actitudes suplicantes y el porte exterior de su vestido destrozado: un humilde fraile franciscano le recibe, y después de brindarle hospitalidad caritativa y generosa, y después de sentirse cautivado por la tranquilidad de su mirada penetrante y por la majestad de su presencia, escucha de los labios de su huésped «que viene de Italia y Portugal y va á Castilla» para comunicar á sus Reyes Católicos un proyecto importantísimo. Aquel Convento, como adivináis, era «Santa María de la Rábida,» en Palos de Moguer: aquel fraile franciscano, su guardian Fr. Juan Pérez: aquel fatigado viajero, de mirada serena y penetrante, era Cristóbal Colón, rechazado por las Repúblicas de Génova y Venecia y por el Rey de Portugal, y por unas y otro, juzgado como visionario.

Fijad vuestra consideración en esta primera circunstancia y ved cómo la divina Providencia guía á Colón con luz particular y con especial destino. El Convento de la Rábida no era paso para ningún lado, y un bosque de pinos le ocultaba á las miradas de los caminantes; y, sin embargo, allí llega Colón pidiendo un vaso de agua para él y para su hijo, y se encuentra con un asilo cariñoso y fraternal no tan solo para el cuerpo fatigado, cuanto para el espíritu agitado por el sacudimiento de la inspiración y de la idea; un asilo en donde su alma se dilata al calor santo de la vida religiosa en que se ejercita, en la contemplación de los divinos misterios, en el íntimo secreto de la Confesión sacramental y en las purísimas delicias de la Sagrada Eucaristía; allí llega Colón porque la Providencia le conduce al hombre mejor dispuesto en aquel tiempo para recibir sus planes, al P. Fr. Juan Pérez, que poseía esa luz del corazón, que despeja los más áridos problemas; al hombre que, con sólo oír al extranjero, se hace cargo de la grandeza colosal de su proyecto, lo abarca y lo comprende con la mirada de su fé religiosa, se identifica con las ideas y deseos de su huésped y le fortalece con su apoyo, con sus consejos, sacrificios y oraciones: allí, en fin, el génio iluminado por la fé vislumbra ya los continentes ignorados, y en la íntima efusión de aquellas dos inteligencias, que mutuamente se comprenden, y de aquellos dos fervientes corazones, que se corresponden, se inicia el júbilo que había de causar la redención de tantas almas, que serían para Jesucristo y para España conquistadas.

¡Oh secretos insondables y amorosos de la divina Providencia! En el retiro sosegado de la Rábida, Colón contras-

ta sus ideas cosmográficas con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, y al aprender que, según los anuncios de un Profeta antiguo, ningún pueblo quedaría sin participar de la salud de Jesucristo, ni *los del Aquilón, ni los de las tierras australes, ni los del otro lado de los mares*, su fé se acrisola, y su espíritu se llena de valor y fortaleza para superar el dolorosísimo Calvario, que le cuesta su misión providencial y religiosa.

Ya no le detienen, pues, en su camino las dificultades con-
siguientes á hallarse la Corte comprometida en la conquista de Córdoba y Granada, últimos baluartes de los moros; no le desanima la circunspección y prudentísima reserva con que le recibe el discreto y sesudo Fr. Hernando de Talavera, ni las dilaciones y treguas que le imponen los recelos, ni la incertidumbre de unos, ni la incredulidad de otros, nada le hace desistir de su empeño en presentarse á SS. AA. para comunicarles el proyecto de difundir el santo nombre de Jesús, en los pueblos que ignoraban al Mesías: Colón, hombre de deseos, al modo de Daniel, animado por una fuerza misteriosa realiza este propósito, gracias á la protección que le dispensa el gran Cardenal González de Mendoza; y, como resultado de las entrevistas y conferencias que celebra, y de las esperanzas que despierta, va á sufrir la prueba de la ciencia y de la sabiduría en la famosa Salamanca.

II.

¡Ah, Excmo. Sr., cómo brilla en esta liza gigantesca del talento, de la ciencia y de la fé, la misión providencial del Revelador del Nuevo Mundo! Ante una asamblea de sabios, como Rodrigo Maldonado y los discípulos de Pascual Aranda y de Apolonius, los maestros de más cuenta en aquel tiempo en Astronomía y en Cosmografía; en presencia de Teólogos tan consumados como Fr. Hernando de Talavera, Fr. Diego de Deza y el Deán de Compostela, de notabilidades tan gloriosas como los Pro-Nuncios Bartolomé Scandiano y Antonio Giraldini, y de literatos y eruditos como el valetudinario Arias, como Lucía de Medrano, Beatriz Galindo, Francisca de Lebrija y otros cien: allí, donde se congregaron las más brillantes representaciones

personales de las ciencias y las letras, allí aparece el desdeñado Apóstol de la Cruz con la cabeza noblemente erguida y el corazón tranquilo y sosegado: el celo religioso de su Apostolado, que le dominaba, el fuego de su mirada, que le ennoblecía, lo sublime del asunto y el entusiasmo de su fé daban á la palabra un tono tan interesante y una persuasión tan vigorosa é irresistible, que bien pronto ganó para su causa al insigne P. Deza, y en general á los Dominicos, y con ellos á los maestros más insignes de la famosa escuela salmantina. Podrán sobrevenirle por este lado todavía nuevas dilaciones y repulsas, la cantidad ó el número de votos quizá intente apagar las revelaciones de aquel génio de la fé; pero... ¡oh secretos insondables de la divina Providencia! el Mensajero de la Cruz es recibido y escuchado con secreta simpatía por el pueblo y por los Reyes; los hijos de Santo Domingo, con el P. Deza al frente, el Pro-Nuncio Giraldini, Santángel, Quintanilla, González de Mendoza, Fr. Juan Pérez y Marchena, es decir, la Iglesia por sus Teólogos, por sus frailes, por sus Obispos, por sus Conventos y por sus hijos más piadosos, la Iglesia decide en esta lucha á favor del Mensajero del Catolicismo, decidiendo el ánimo de la gran Reina de Castilla á protegerle: ya no hay dudas ni vacilaciones, aquella mujer excepcional de quien Pedro Martir de Angleria dice (1) que «era espejo de todas las virtudes, escudo de los inocentes y espada vengadora para los malvados,» aquella alma esforzada de Isabel, dispuesta siempre á todo lo que fuese grande, heróico y maravilloso, ha sentido las palpitaciones del entusiasmo religioso, y pone fin á siete años de esperas y desdenes con estas eficacísimas palabras: «Yo tomaré la empresa á cargo de mi corona de Castilla, y si los fondos del Erario no fuesen bastantes para sufragar los gastos, pronta estoy á empeñar mis propias joyas:» siempre, como veis, la Religión y sus ministros, la Iglesia y sus hijos más católicos siendo la salvaguardia de Colón, su escudo y su defensa en todas las contradicciones: siempre lo sobrehumano y religioso circundando su misión como un nimbo de gloria en torno de su vida.

(1) Carta al Arzobispo de Granada en el día de la muerte de Doña Isabel.

III.

Dispuestas ya las carabelas en Palos de Moguer, por virtud de este generoso arranque de la Reina de Castilla, lo que para San Juan Evangelista era la solitaria isla de Patmos, eso fué para Colón el Convento de la Rábida, el Patmos de sus meditaciones cosmográficas y religiosas; pero esta vez le fué además como el cenáculo sagrado en donde su espíritu se robustecía para hacerse digno del grandioso apostolado, y el lugar santo de asilo en donde espera el momento de partida á través de la mar tenebrosa hacia las Indias. ¡Ah, cómo embellecen la Religión y la piedad cristianas este momento de la vida de nuestro héroe. Era viernes, día que le recordaba el de la redención del mundo, el de la conquista del Santo Sepulcro por Godofredo de Bouillón y el de la rendición de Granada: el viento deseado hiere con sus murmullos matinales el sutil oído del marino, las guardias á bordo consignadas en las carabelas desde la noche antecedente ven brillar la cúpula de la iglesia de Santa María con las luces de los altares santos: Fr. Juan Perez celebra el incruento Sacrificio de la Misa, y el peregrino, que á su vez era guerrero, astrónomo, poeta, orador y navegante, y ante todo, fervorosísimo cristiano, el peregrino, postrado humildemente á los pies del sacerdote, recibe la Sagrada Comunión como viático dulcísimo para surcar el insondable Occéano..... ¡ah! en las emociones santas es el recogimiento una necesidad, y el silencio es un consuelo: la capilla de Nuestra Señora de la Rábida, regada con ardientes y silenciosas lágrimas, es el testigo, y el pecho del venerable franciscano, que Colón oprime con un íntimo y afectuoso abrazo de despedida, acaso eterna, es el arca santa donde quedan encerrados tantas confidencias íntimas, tantos consuelos y esperanzas.

Lévanse las anclas, despléganse al viento las velas de las naves, y el signo de la Redención, enarbolado en el palo mayor de la Santa María, de la Pinta y de la Niña, y flameando con la brisa, se enseñorea de los mares. En nombre de Jesucristo da principio este viaje; en nombre de Jesucristo Colón empieza su *Diario*, en el que consigna que «Nuestro Señor con mano palpable le abrió el entendimiento dándole á conocer que era hacedero na-

vegar de Oriente á Occidente;» por el poder de Jesucristo son las tempestades superadas, los vientos y la mar herbácea, las corrientes y las brumas, los abismos y las trombas, las borrascas y las calmas, todo en el anchuroso mar obedece á Jesucristo, y franquea el paso por entre las olas á su Heraldo y á su Apóstol, como á otro Moisés en el Mar Rojo.

Con la confianza puesta en Dios, Colón puede reprimir las impacencias, las murmuraciones, los aborrecimientos y conjuraciones de los tripulantes; á honor y gloria de Jesucristo se dirigen las oraciones y plegarias de Colón, y los religiosos cánticos que en las carabelas se entonaban á la caída de la tarde; y por virtud de Jesucristo llega un día en que se amansan las corrientes y los vientos amainan, en que se estrecha el horizonte y la brisa se embalsama, y la estridente voz de los marinos grita: ¡Tierra! ¡Tierra!, y la tierra es descubierta, y Jesucristo toma posesión del Nuevo Mundo por medio de una Cruz, que planta en él su Apóstol, y Jesucristo es la primera palabra que el salvaje oye, y su nombre sacratísimo, tantas veces ensalzado entre el murmullo de las olas, es celebrado en los acentos conmovidos del *Te Deum*, que por primera vez resuena en las tranquilas playas trasatlánticas y en las selvas vírgenes de América.

Con toda propiedad pudiéramos decir de este viaje las palabras de las Sagradas Escrituras: (1) *Spiritus Dei ferebatur super aquas*: que el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas: porque no podemos prescindir, ante la crítica y la historia, del carácter religioso, del sello de misión providencial que á Colón rodea siempre y reviste su colosal descubrimiento. La ocupación más favorita del mensajero de la fé era, en tan singular navegación, la oración y el rezo del oficio de los franciscanos, y la contemplación de las maravillosas obras de la naturaleza le servía para conocer mejor al Creador y corresponder fielmente á sus favores. Adonde quiera que aborda, su primer cuidado es plantar la Cruz de Jesucristo, y lo primero que hace es adorarla. El primer consejo que á los Reyes Católicos dirige, á vista de la magnificencia de la naturaleza en Cuba y Puerto Santo, es: «que no permitan la entrada en mansión tan venturosa á los extranjeros, como no sean católicos cristianos:» y la razón que aduce es la siguiente: «porque todo esto se hizo para acrecentamiento y gloria de

(1) Genesis, cap. I, v. 2.

la Religión Cristiana.» Santos y religiosos son los nombres que impone á las principales Islas que descubre: San Salvador, La Concepción, Puerto Santo, La Dominica, Guadalupe, Monserrat, Santa Cruz, La Trinidad, y otros muchos: el primer edificio que en el nuevo mundo se levanta es una iglesia, y la primera fiesta pública que se celebra es una fiesta religiosa: la mayor gloria de Dios, el acrecentamiento de la fe católica, y la conversión de los idólatras indígenas son los asuntos principales de la primera carta que se escribió en aquellos continentes: votos y promesas religiosas son los primeros deberes que cumple el Almirante del Occéano á su regreso del primer viaje; y, cuando es recibido en triunfo por la Corte en Barcelona, no es el principal asunto de la relación que entonces hace, el estudio de los tres reinos de la naturaleza, no es la descripción de las tierras visitadas, ni la clasificación poética y verídica de su flora exuberante, de las riquezas minerales, de sus peces y sus aves; ni siquiera es el estudio biológico del hombre de la tez bronceada que presenta, no, el caracterizar de un modo providencial y religioso su misión, el proclamar que el principal rasgo que la distingue es el incesante anhelo de que en los confines de la tierra se alabara el santo nombre de Dios, de que multitud de almas, privadas hasta entonces de la luz de la revelación divina, pudieran formar parte de la familia cristiana, y que á Dios eran debidos los favores que le plugo derramar sobre la colosal empresa, sobre esta patria de la fe católica y sobre sus piísimos monarcas: todo esto, sí, es lo que constituye el fondo de la oración interesante del Virey del Nuevo Mundo en Barcelona, oración inspirada por la fe y la caridad ardientes de Colón, y que produce entusiasmo indescriptible en la magnífica asamblea, y hace que los Reyes y los Príncipes, los nobles y pecheros, llorando lágrimas de felicidad, caigan de hinojos, y den gracias al Todopoderoso, y entonen un *Te-Deum*, cuyas notas, repetidas por la inmensa voz del pueblo en el viejo y en el nuevo continente, sean el mote más glorioso de la corona refulgente de Colón y del descubrimiento de las Indias, y el testimonio irrecusable de que Colón es hombre de la Iglesia y que es obra eminentemente cristiana y religiosa la obra del descubrimiento de la América.

IV.

Así se caracteriza el hombre extraordinario y el suceso portentoso que hoy el mundo conmemora. Muy largo camino nos resta todavía para abarcar tan colosal asunto, pero la brevedad que el tiempo impone á mi discurso y el temor de fatigar vuestra atención benévola me obligan á renunciar á recorrerlo, dando por terminado mi humilde trabajo con lo que dejamos dicho.

Antes de concluir, empero, corramos el velo del perdón y del olvido sobre las amarguras, sufrimientos, infortunios y dolores, que en el ánimo del Mensajero de la Cruz pudieran haber causado las envidias y flaquezas de los hombres: no asociemos en nuestro pensamiento las ideas melancólicas que pueden excitarnos los recuerdos de la ingratitude, del abandono y hasta de la persecución sufridos por el hombre que descubrió un mundo desconocido. En el aposento triste y pobre de Valladolid, en donde exhala el último suspiro el Virey de las islas y tierra firme y el gran Almirante del Occéano, escuchemos solamente el canto pacífico de su alma creyente y fervorosa, que otorga el más amplio perdón á todo género de émulos y detractores y que se regocija en el futuro triunfo de la Iglesia: en torno de la tumba, á donde su cuerpo desciende juntamente con las cadenas que le aprisionaron algún día, no cierna sus alas nadie más que el ángel de la oración y de la plegaria piadosamente confiada en que allí donde el silencio de la muerte reina ha de sentirse el alborozo del júbilo producido por las aleluyas de la resurrección á una vida gloriosa é inmortal en donde descanse por los siglos de los siglos.

Dios había dicho por uno de los Profetas de la Ley Antigua, que «á su nombre se ofrecería una oblación pura y sin mancha en todas partes:» (1) y; por consecuencia de la obra llevada á cabo por Colón, la antigua profecía se ha cumplido. En la redondez toda de la tierra se hace hoy la oblación santa del Cordero sin mancilla: mientras el canto de Vísperas y Completas anuncia la declinación del día en nuestra Europa, el de Maitines saluda en

(1) Malach., cap. I, v. 10.

otras partes la venida de la aurora; y mientras la noche envuelve un hemisferio con sus sombras, en el otro se celebra el incruento y augusto Sacrificio del Altar de los cristianos renovándose de esta manera á todas horas del día y de la noche la inmólación de la Sagrada Víctima en ambos mundos. ¡Ah! yo no puedo pensar en estos y otros beneficios sobrenaturales dispensados á los habitantes de las Indias, por virtud de su descubrimiento, sin que me parezca ver vagando en ellas la majestuosa sombra de Colón, armado con la Cruz de Cristo y desplegando al viento la bandera de Castilla y pronunciando el nombre de la Fe Católica y de España.

Sí, estos dos nombres benditos, *Fe Católica y España*, se repiten á través de cuatro siglos en las costas y en las selvas, en los montes y en los campos, en las arenas del mar y en las encendidas nubes de los trópicos: *Fe Católica y España*, dicen los volcanes, los ventisqueros y los aludes de los Andes: *Fe Católica y España*, las ondas de los ríos Plata y Amazonas: *Fe Católica y España*, los desiertos de la Tierra Caliente y las pintadas selvas del Paraguay: *Fe Católica y España*, las sonrientes vegas de la Florida y las islas del Pacífico y de las Lucayas: *Fe Católica y España*, las fértiles campiñas de la perla de los mares antillanos, Cuba floreciente y codiciada: *Fe Católica y España*, las costumbres, el lenguaje, el comercio, las riquezas y la civilización del otro lado de los mares: porque la Fe Católica de España, extendiendo allí sus alas, fecundó con su calor y con su vida al mundo americano, porque la Fe Católica de España estrechó en abrazo fraternal y en unidad de pensamientos á continentes apartados hasta entonces del comercio y relaciones con el viejo mundo.

Hagamos votos, como fruto de este Centenario, para que la Fe Católica de España vuelva á dar calor y vida al mundo descubierto por Colón, para que alentadas por esta misma Fe América y España alcancen su regeneración católica, y sus hijos, los de aquende y los de allende, la corona de inmarcesible gloria eterna por los siglos de los siglos.

